

Materialidad e historia social *

Patrick Joyce

University of Manchester

Resumen: El objetivo de este artículo es promover la discusión sobre la situación actual de la historia social y proponer algunas vías de renovación de los estudios históricos. En este sentido, se considera necesario no sólo revisar algunos de los supuestos sobre los que se ha asentado dicha historia (como la separación entre cultura y sociedad), sino abrirse a nuevas cuestiones y posibilidades. Entre éstas, se estima de especial importancia la apertura teórica hacia el estudio del mundo material. Pues, como se está poniendo de manifiesto en otras disciplinas, la relación entre acción humana y cultura material es un factor explicativo capital de los procesos históricos. Por tanto, la adopción, por parte de la historia social, de un «giro material» aparece como una vía primordial para su renovación.

Palabras clave: «giro material», historia social, historia cultural, cultura material.

Abstract: The remarks in this paper aim to further discussion of the present situation of social history and to propose new ways of developing historical studies. In particular, it is suggested that there is a need not only for rethinking some of the main assumptions of social history (such as the distinction between culture and society), but for opening up new questions. Of special significance here is the study of the material world, because, as is clear in other disciplines, the relationship between human practice and material culture is a crucial variable in explaining historical processes. Adopting, therefore, a «material turn» seems a fruitful way for renewing social history and improving its explanatory power.

Keywords: «material turn», social history, cultural history, material culture.

* Traducido por Miguel Ángel Cabrera (Universidad de La Laguna).

Las observaciones que hago en este artículo nacen del interés por promover la discusión sobre la situación actual de la historia social, especialmente en relación con la historia cultural, pero también en sus conexiones con las ciencias sociales. Al menos en Gran Bretaña (y, probablemente, de manera más general, en el mundo anglófono), la denominada historia cultural ha adquirido cada vez más, en los últimos tiempos, una posición predominante. O al menos una posición que le permite marcar en gran medida la orientación general de la disciplina. Y aunque a lo mejor no se encuentra en la posición que ocupaba la historia social hace unas décadas, cuando se decía con frecuencia que «hoy todos somos historiadores sociales», el impacto de la historia cultural es evidente. No obstante, se ha prestado relativamente poca atención a la relación entre historia cultural e historia social y, de hecho, actualmente la discusión sobre la propia historia social está casi ausente, al menos en comparación con la situación de hace algo más de una década.

La primera observación que se podría hacer, tanto para la historia cultural como para la historia social, es que resulta sorprendente la escasa atención que se ha prestado a lo que las ciencias sociales han venido diciendo, en los últimos tiempos, sobre el concepto de «lo social» (lo cual es sintomático de la marcada y, por lo que parece, creciente separación entre la historia y las ciencias sociales a medida que la primera prosigue con su «giro cultural»). Este «giro», al poner el énfasis en las cuestiones de representación y de significado, corre el riesgo de perder el contacto con el pensamiento sobre lo social y sobre la naturaleza de la sociedad. Aunque, sin embargo, al mismo tiempo, al menos en el mundo anglófono, amplias áreas de las ciencias sociales, y en particular de la sociología, han abandonado, por una serie de razones, gran parte de la conciencia histórica que las había caracterizado en las décadas de 1960 y 1970.

Por ejemplo, en una serie reciente de artículos sobre la naturaleza de la historia cultural publicada por una nueva revista británica interesada en la relación entre historia social y cultural, ni el editorial en que la revista formula sus objetivos ni los autores que contribuyen a la discusión muestran interés real alguno por los conceptos de sociedad y lo social. Los editores no pasan del simple aserto de que lo cultural y lo social «se constituyen mutuamente y están inextricablemente conectados». Pero por muy conectados que estén, el supuesto subyacente es que se trata de dos cosas distintas y separadas. En la revista

en cuestión, *Cultural and Social History*, esa separación se refleja en una concepción de la historia cultural según la cual ésta se ocupa básicamente de representaciones (y, en cierto sentido, de «textos») que, aunque no exclusivamente, son en su mayoría de carácter verbal¹. Esta concepción representa un punto de vista que no creo que sea el adecuado, incluso aunque se trate de un punto de vista que refleje, en gran medida, el estado de cosas existente en la disciplina histórica. Sin embargo, el acto mismo de hacer una distinción entre historia social y cultural es en sí mismo sintomático, puesto que es un reflejo de posiciones características y profundamente arraigadas. Posiciones que, al menos en parte, son el reflejo de otra distinción análoga, y en gran medida implícita, entre sociedad y cultura, entre lo «social» y lo «cultural» y entre historia y ciencias sociales.

Sin embargo, de hecho, durante algún tiempo, tanto la ciencia social en general como la historia en particular han intentado, con diversos grados de éxito, superar esta suerte de concepción dualista del mundo, predominante aún dentro de la propia ciencia social. Como resultado de este intento, que podríamos denominar como procesual (en oposición a estructural), han surgido nuevos conceptos y herramientas analíticas. Incluidas nociones como, por ejemplo, las de «autoconstitución» y «socialidad», que, al contrario que la de sociedad, pretenden dar cuenta, por decirlo en los términos de Zygmunt Bauman, de la fluidez y liquidez de las formaciones sociales². Términos conceptuales similares serían los de «reflexividad» y «movimiento». El énfasis puesto sobre la acción, la contingencia y la naturaleza reflexiva o «recursiva» de la vida social socava profundamente las nociones tradicionales de la dicotomía entre estructura y acción, estructura y cultura y, por supuesto, entre «sociedad» y «cultura». La lista de pensadores que han contribuido a esta empresa es larga y sumamente diversa, e incluye, por ejemplo, a Bauman, Anthony Giddens, Alain Touraine y Pierre Bourdieu³.

¹ Véanse en particular MANDLER, P.: «Problems in Cultural History», *Cultural and Social History*, 1, 1 (2004), pp. 94-117; PERKIN, H.: «Editorial», *ibid.*, p. 5, y MANDLER, P.: «Problems in Cultural History: a Reply», *ibid.*, pp. 326-322. La mayor parte del debate se encuentra en el número 1, 2 (2004).

² BAUMAN, Z.: *Intimations of Post-modernity*, Londres, Routledge, 1992, pp. 39-42, 53-57 y 189-193.

³ Para algunas aportaciones a esta línea de pensamiento, véase JOYCE, P. (ed.): *The Oxford Reader on Class*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 71-127. Véa-

En forma de reflexiones sobre el final del milenio⁴, un simposio reciente, al que acudió una amplia representación internacional de sociólogos, fue testigo del intento de desarrollar lo que se llamó una «sociología postsocietal». El proyecto incluía lo que se denominó como «sociología móvil», concebida como una sociología que estaría más atenta al carácter mutable, provisional y, sobre todo, práctico tanto de lo que acontece en el mundo como de las explicaciones que ofrece de ello. Los geógrafos británicos Nigel Thrift y Paul Glennie formulan esto desde su propia perspectiva cuando dicen que conciben las sociedades no a través de la noción de estructura, como si fueran «implacables circuitos de reproducción social» o estuvieran «consumidas por la identidad y la contradicción», sino como «formaciones flexibles de prácticas que conectan a humanos y no humanos en formas particulares de relación con el mundo» y como «un conjunto de oscilantes horizontes de experiencia en un estado de movimiento continuo y sin fin». Esto es lo que ellos llaman una concepción más «modesta» de lo social, como algo que depende de lo que Deleuze llamaba «una filosofía del detalle epistemológico» o, como diría Bruno Latour, algo que depende del conocimiento tácito y del «conocer a través del desarrollo de fértiles y originales articulaciones»⁵.

Dado el carácter de esta reflexión, la afinidad entre este tipo de pensamiento social y la reflexión histórica es patente, y de hecho se podría sustituir «procesual» por «histórico». Aunque habría que decir que no siempre lo histórico está presente en esta poderosa corriente de pensamiento y de investigación empírica. Hay en esta corriente, sin embargo, otro gesto de apertura hacia la historia, a saber, una cierta invitación a historizar el surgimiento y la consolidación de la tradicional forma dualista de pensamiento que todavía subyace a muchas de las concepciones sobre la sociedad y lo social. Dado

se, asimismo, JOYCE, P.: «Introduction», en JOYCE, P. (ed.): *The Social in Question. New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres, Routledge, 2002.

⁴ URRY, J.: «Introduction» y «Conclusion», «Special Issue: Sociology Facing the Next Millennium», *British Journal of Sociology*, 51, 1, (2000). Véanse también, en el mismo número, WALLERSTEIN, I.: «From Sociology to Historical Social Science: Prospects and Obstacles», pp. 25-35 y THERBORN, G.: «At the Birth of Second Century Sociology: Times of Reflexivity, Spaces of Identity, and Modes of Knowledge», pp. 37-57.

⁵ GLENNIE, P., y THRIFT, N.: «The Spaces of Clock Times», en JOYCE, P. (ed.): *The Social in Question, op. cit.*, p. 150.

el grado en que esas concepciones impregnan todavía el trabajo de los historiadores, resulta una evidente ironía la incapacidad de los historiadores para historizar las categorías que conforman su propio aparato conceptual, por no hablar de las funciones que esas categorías ejercen y los poderes (académicos, gubernamentales, políticos, etc.) a los que sirven.

Está claro, por tanto, que estas nuevas formas de pensamiento social se encuentran a una considerable distancia de la tradicional distinción entre cultura y sociedad, tanto como de la distinción entre cultura y economía. Está claro que esta corriente de pensamiento se ha distanciado de la habitual identificación entre historia cultural y cuestiones de representación y significado, particularmente en su forma textual. Se podría decir, por tanto, que la historia cultural ha pasado por alto, en gran medida, no sólo esta crítica al modelo dualista de pensamiento, sino además algunas categorías clave de la vida social que esta nueva corriente de pensamiento ha explorado y problematizado.

Como una forma de abrirse a algunas de estas cuestiones y nuevas posibilidades, me gustaría volver, de manera relativamente breve, a la cuestión de la materialidad. Pues es especialmente en el terreno de la concepción del mundo material donde los supuestos heredados y, con frecuencia, tácitos sobre la naturaleza de lo social han bloqueado en gran medida el desarrollo de la historia cultural (y también de la social). Este énfasis sobre lo material es de importancia considerable para la historia cultural y social, máxime cuando en los últimos tiempos se ha producido, en diversas disciplinas, un auténtico «giro material». Es esta cuestión la que me gustaría explorar brevemente aquí, como parte de un debate que espero esté sólo comenzando. El reciente volumen editado por Victoria Bonnell y Lynn Hunt, titulado *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, marca un bienvenido retorno a la noción de lo social, al criticar a una historia cultural que, con su alejamiento de la historia social, había tendido a prestar poca atención a dicha noción⁶. En un artículo extremadamente valioso incluido en ese volumen, Richard Biernacki sostiene, en términos pertinentes para mi argumentación, que, en su uso de la categoría de cultura, la historia social ha hecho algo

⁶ BONNELL, V., y HUNT, L. (eds): *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley y Londres, California University Press, 1999.

similar a lo que la historia social había hecho con anterioridad: simplemente, ha ontologizado lo cultural, igual que los historiadores sociales habían hecho con lo social⁷. En esta concepción, «cultura» se convirtió en una especie de nueva categoría fundacional, inserta en el mismo juego de oposiciones binarias que el viejo concepto de sociedad que se proponía desplazar. Sin embargo, el citado volumen muestra relativamente poco interés por las recientes reinterpretaciones de lo social, así como por la naturaleza de la cultura material. Más bien, la cuestión de la historia cultural y social es abordada de manera bastante tradicional, mientras que el hecho de que sus colaboradores sean todos norteamericanos limita algo el alcance de la obra.

En el volumen, ya citado, recientemente editado por mí se presta atención tanto a la historia y la teoría de lo social como a las nuevas concepciones de lo social, a las que he venido prestando atención aquí⁸. Como forma de explorar el giro material al que me he referido, me detendré en algunas obras que muestran claramente los beneficios empíricos y, especialmente, históricos que se derivan de la adopción del tipo de perspectiva teórica al que he venido aludiendo. Aunque se trata de obras en las que la teoría aparece de manera poco explícita, pues para ellas la teoría es, por definición, un tipo de práctica, un pensar mediante el hacer. El giro material, si puedo utilizar la expresión, se basa en y sintetiza una amplia gama de posiciones disciplinares teóricas y empíricas, incluyendo la sociología de la cultura material, los estudios de la ciencia y la historia y la antropología de la ciencia y la tecnología, la historia poscolonial, la teoría social contemporánea (como las teorías de redes y posteriores) y el campo en crecimiento de los estudios sobre la gubernamentalidad. Un campo, este último, en el que el análisis de la relación entre cambio tecnológico y material y transformación política es particularmente interesante, aunque por su especial valor ilustrativo me voy a referir antes a la trayectoria, algo diferente, representada por la obra de Ken Alder⁹.

⁷ BIERNACKI, R.: «Method and Metaphor after the New Cultural History», en *ibid.*, pp. 62-92.

⁸ JOYCE, P. (ed.): *The Social in Question*, op. cit.

⁹ ALDER, K.: *Engineering the Revolution: Arms and Enlightenment in France, 1763-1815*, Princeton y Londres, Princeton University Press, 1997, y «Making Things the Same: Representation, Tolerance and the End of the Ancien Regime in France», *Social Studies of Science*, 28, 4 (1998), pp. 499-545. Asimismo, JONES, C.: «Peter Mandler's "Problem with cultural history", or, is Playtime Over?», *Cultural and Social History*, 1, 2 (2004), pp. 209-215.

La obra de Alder trata de los esfuerzos de los ingenieros militares en la Francia del siglo XVIII por producir artefactos funcionalmente idénticos, como, por ejemplo, armamento de todo tipo. Al toparse con la resistencia de comerciantes y artesanos, los ingenieros militares hubieron de definir esos artefactos con instrumentos como el dibujo técnico y apelar a la tolerancia manufacturera, que los ingenieros luego redefinieron, cada vez más, en términos de obligación legal para prevenir cualquier subversión en el futuro. Sin embargo, esos nuevos patrones de producción surgieron del propio conflicto social entre el Estado y esos diferentes grupos, de modo que tales patrones reprodujeron pero, a la vez, resolvieron parcialmente este conflicto, aunque ahora en formas materiales que parecían poseer la naturaleza de la «objetividad».

La creación de la «tolerancia manufacturera» en la producción de artefactos operó en relación con la emergente política de tolerancia del Estado francés hacia sus ciudadanos-productores. En este período, las reglas estatales que regulaban la invención, producción y consumo de artefactos pasaron a ser definidas en términos formales, más que en términos de privilegios particulares otorgados sobre una base individual. De manera más general, las relaciones económicas entre el Estado y sus ciudadanos productores fueron definidas en lo sucesivo en términos públicos, y no como una cuestión de legislación privada o de obligación moral de los súbditos. Estos cambios fueron a la par con la emergencia de la tolerancia manufacturera como forma de definir los límites entre la necesidad de mercancías del Estado y el derecho de sus súbditos a ganarse sus medios de vida. El Estado jurídicamente limitado y el orden capitalista descentralizado que emergió a finales del siglo XVIII pusieron fin, de este modo, al estatuto legal particular de que tanto las personas como los artefactos habían disfrutado bajo el Antiguo Régimen. Como dice Alder, se podría incluso decir que en lo sucesivo los objetos pudieron ser considerados, en cierto sentido, como «objetivos».

Han sido precisamente esta «ingeniería» y subsiguiente reproducción de la cultura y las relaciones sociales en objetos materiales y los procesos relacionados con ellas, incluidas las formas de «verdad» presentes en nociones como las de objetividad aparente, las que han constituido el tema de mi reciente trabajo sobre la ciudad, así como de los trabajos de algunos de mis estudiantes¹⁰. Por supuesto, mi uti-

¹⁰ JOYCE, P.: *The Rule of Freedom: Liberalism and the Modern City*, Londres y Nueva York, Verso, 2003. Para una brillante exposición sobre el tema, véanse

lización del término «ingeniería» pone de manifiesto en sí misma algunas de las dificultades que entraña el pensar de una forma nueva mediante un lenguaje que está profundamente anclado en las viejas formas de constituir el mundo, empapadas del lenguaje representacional. El propio término sugiere la elaboración y puesta a disposición de un proyecto al que luego se da forma material, mecánica. Mientras que lo que ponen de manifiesto los resultados de la investigación es que estamos ante un proceso contingente, ante una transformación sin un final predeterminado, en el que las capacidades y formas de acción contenidas dentro de los objetos y procesos materiales constituyen no resultados predeterminados (debería ser evidente que no estoy defendiendo un determinismo tecnológico), sino expresiones temporales e inestables de la acción humana y material.

Una manera de sortear esta dificultad es apoyarse más en el mundo de los estudios de la ciencia. Es aquí donde el concepto de «performatividad» entra en juego, pues se podría decir que este proceso de despliegue y transformación que he descrito entraña la actuación de una acción humana y no humana. Las formulaciones del sociólogo de la ciencia Andrew Pickering resultan especialmente útiles en este punto, dado que concibe la ciencia a través de la imagen performativa de «un campo de poderes, capacidades y actuaciones que implica una encarnación mecanística de la acción material»¹¹. Una historiografía performativa podría mostrar cómo «es posible escapar de y trascender el lenguaje representacional y concebir tanto la ciencia como la sociedad como entidades realmente emergentes en el campo de la acción y la performatividad». En términos de historia de la ciencia (pero que, en mi opinión, se extienden más allá de ésta e incluyen a la historia cultural y social), Pickering sugiere que en tanto que historiadores «nuestro cometido sería el de explorar las transformaciones de la ciencia y de la sociedad en términos de la emergencia y desaparición de sus vinculaciones y asociaciones culturales con el mundo

OTTER, C.: «Making Liberalism Durable: Vision and Civility in the Late Victorian City», *Social History*, 27, 1 (2002), pp. 1-15 y «Cleaning and Clarifying: Technology and Perception in 19th-century London», *Journal of British Studies*, 43, 1 (2004), pp. 40-64. Véase, asimismo, su tesis doctoral titulada «The Government of the Eye: Light Technology, Liberalism and the Victorian City, 1840-1900» (Universidad de Manchester, 2002).

¹¹ PICKERING, A.: *The Mangle of Practice: Time, Agency, and Science*, Chicago, Chicago University Press, 1995, p. 7.

de la producción y del consumo, partiendo del hecho de que esas transformaciones no determinan la práctica por anticipado»¹². Como él dice, esto no supondría la exclusión de todo lenguaje representacional, sino establecer un nuevo equilibrio entre la pura obsesión por el conocimiento y el significado y el reconocimiento del poder material de la ciencia. Y así, por ejemplo, la máquina (como objeto estratégico de la investigación académica y en términos de su existencia en el mundo) sería tomada como un «punto de equilibrio» entre los mundos humano y no humano, así como entre los mundos de la ciencia, la tecnología y la sociedad.

Como resulta evidente en el trabajo de Alder sobre el Estado francés y en el mío propio sobre la ciudad británica (por ejemplo, en la realidad y objetividad patentes de los sistemas técnicos que son de hecho sistemas tecnosociales), es claro que esta distinción entre la representación/cultura y lo real/material, y quizás también entre representación y performatividad, es indudablemente una cuestión de poder. De modo que la utilización de la categoría de lo «cultural» únicamente en el sentido de representación y la historia de su surgimiento como representación implican siempre una cierta concepción del poder y, con mucha frecuencia, de lo político.

En la obra sobre la ciudad a la que me refiero, en la que trato de la infraestructura material entre otras dimensiones del mundo material, muestro cómo la gobernación liberal es desplegada y experimentada en términos de la creación de una suerte de espacialidad política y, por consiguiente, de una subjetividad política. Dicha obra está influida, en lo teórico y en lo disciplinar, por las formulaciones mencionadas más arriba y, en particular, por los estudios postfoucaultianos en sociología y en otras disciplinas (que han tomado un giro cada vez más histórico) sobre la naturaleza de la gobernación¹³. Aunque mi

¹² *Ibid.*, pp. 233 y 232.

¹³ OSBORNE, T.; BARRY, A., y ROSE, N. (eds.): *Foucault and Political Reason: Liberalism, Neoliberalism and Rationalities of Government*, Londres, UCL Press, 1996; ROSE, N.: *Powers of Freedom: Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; DEAN, M.: *Governmentality*, Londres, Sage, 1999; GORDON, C.; MILLER, P., y BURCHILL, G. (eds.): *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991), y GANE, M., y JOHNSON, T. (eds.): *Foucault's New Domains*, Londres, Routledge, 1993. Para algunas aplicaciones históricas, véanse HUNT, A.: *Governmental Morals: a Social History of Moral Regulation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; HANNA, M. G.: *Governmentality and the Mastery of Territory in 19th Century America*, Cambridge, Cam-

visión de la gubernamentalidad «liberal» difiere de la que tiene Alder cuando hace hincapié en cómo la objetividad aparente de las cosas y de los procesos materiales representaba la plasmación material de relaciones sociales, se puede afirmar, sin embargo, que la «ingeniería» de nuevos tipos de formas políticas que tuvo lugar en Gran Bretaña y en Francia durante el siglo XIX son formas que yo denominaría, en ambas situaciones, como liberales.

Una importante posibilidad que se abre aquí, entonces, es la de ampliar el campo de actividades de la historia y de las ciencias sociales para incluir la esfera de lo que —en tanto que mundo «natural», no humano, material— ha sido habitualmente considerado como situado más allá de lo «social». El trabajo en esta área, especialmente en el espacio de intersección entre historia, sociología de la cultura material y estudios de la ciencia, está probando ser especialmente fructífero¹⁴. Ello es evidente, por ejemplo, en la obra de Chandra Mukerji sobre el modo en que, en los siglos XVII y XVIII, el poder del Estado francés fue plasmado en el paisaje en términos de «territorialización» del Estado: por ejemplo, en las fortificaciones de la periferia y en los jardines del centro de ese Estado. Mukerji estudia también el papel crucial desempeñado por las grandes obras públicas, como la construcción de canales, en la representación del poder material del Estado. La territorialización adoptó, asimismo, la forma material de

bridge University Press, 2000; KHARKHORDIN, O.: *The Collective and the Individual in Russia: a Study of Practices*, Londres, California University Press, 1999, PRAKASH, G.: *Another reason: Science and the Imagination of Modern India*, Londres, Princeton University Press, 1999, y DIRKS, N.: *Castes of Mind: Colonialism and the Making of British India*, Londres, Princeton University Press, 2001. Véanse, asimismo, ROSE, N.: *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*, Londres, Free Association Books, 1999 (2.ª ed.); VERNON, J.: «The Ethics of Hunger and the Assembly of Society: the Techno-politics of the School Meal in Modern Britain», *American Historical Review*, 110, 3 (2005), pp. 693-725, y los artículos de Chris OTTER y Tom CROOK, así como la introducción de Francis DODSWORTH, en DODSWORTH, F. (ed.): *Assembling the Liberal Subject*, Londres, Routledge, 2006, en prensa.

¹⁴ Véanse, por ejemplo, MUKERJI, Ch.: *Territorial Ambitions and the Gardens of Versailles*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1997; HECHT, G.: *The Radiance of France: Nuclear Power and National Identity After World War Two*, Cambridge, Mass., y Londres, MIT Press, 1998; SCOTT, J.: *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1998, esp. cap. 1; BIERNACKI, R.: *The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914*, Berkeley y Londres, California University Press, 1995, y, sobre Irlanda, CARROLL, P.: *The Science/State Plexus: Engineering Culture and Modern State Formation, 1650-1900*, Berkeley y Londres, University of California Press, en prensa.

diseminación del poder del Estado a través de los productos franceses y las prácticas económicas, fomentadas y desarrolladas por el Estado. De modo que Francia devino parte del propio paisaje, el paisaje de la producción industrial y rural en sus formas cotidianas. Es evidente, en este caso, que el Estado francés estaba discursivamente constituido y era discursivamente experimentado, pero también que era experimentado no sólo en su articulación discursiva, sino también en términos de práctica y de vida material. El Estado era vivido como parte de la práctica cotidiana, como parte, expresado de manera simple, de la acción normal, encarnada, «prediscursiva».

La obra de Richard Biernacki analiza cómo lo que él llama la forma pragmática de una práctica simbólica puede ser portadora de mensajes que van más allá de los signos de que esas prácticas hacen uso¹⁵. En particular, Biernacki muestra cómo los trabajadores alemanes e ingleses del siglo XIX recibieron conceptos diferentes del trabajo como mercancía en el propio proceso de uso de sus tarifas por pieza elaborada. No sólo en esta dimensión de la práctica, sino también en la organización espacial de las fábricas y en las diferentes formas de disciplina fabril practicadas en ambos países se encarnaron, durante largos períodos de tiempo, diferentes nociones de trabajo abstracto. Biernacki insiste en que una mayor atención a la cultura *en la práctica* (más que a la cultura *de o para* la práctica) pone de manifiesto claramente que ésta tiene una estructura y un poder de organización propios, que van más allá de las relaciones puramente semánticas en el interior de un sistema de signos.

Podría haberme referido también a los trabajos pioneros sobre la experimentación científica en la Gran Bretaña del siglo XVII, que hace ya mucho tiempo que pusieron de manifiesto que los objetos y procesos materiales (incluido el cuerpo) son portadores tanto de conocimiento como de relaciones sociales y, por consiguiente, de «cultura»¹⁶. Estos y otros trabajos subsiguientes muestran cómo la

¹⁵ Además de la obra citada en la nota anterior, véase BIERNACKI, R.: «Work and Culture in the Reception of Class Ideologies», en HALL, J. R. (ed.): *Re-working Class*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1997, pp. 169-192.

¹⁶ SHAPIN, S., y SCHAFFER, S.: *Leviathan and the Air-pump: Hobbes, Boyle and the Experimental Life*, Princeton y Londres, Princeton University Press, 1985. Véanse, también LATOUR, B.: *We Have Never Been Modern*, Hemel Hempstead, Harvester Press, 1993 (*Nunca hemos sido modernos*, Madrid, Debate, 1993); *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*, Cambridge, Mass., y Londres, Harvard Uni-

repetición de experimentos científicos dependía de una destreza corporal tácita de cómo hacerlo y de cómo manejar los instrumentos, una capacidad que estaba alojada en el cuerpo y en las manos y que sólo con enorme dificultad y de manera deficiente se reflejaba sobre el papel o de manera verbal. Las formas de comprensión se vieron transformadas por una enculturación no verbal del cuerpo¹⁷. Trabajos más recientes en esta misma línea han puesto de manifiesto de qué manera el conocimiento natural se encarna y materializa en diferentes formas históricas, incluido un conocimiento aparentemente tan abstracto como la física matemática¹⁸. Sin embargo, me gustaría concluir llamando la atención sobre un campo en el que la aplicación de estos nuevos enfoques resulta especialmente fructífera, como ocurre en los casos de Alder, Mukerji y Biernacki. Me refiero al ámbito de la economía y de lo económico, que los historiadores culturales han pasado por alto sistemáticamente, incluso más que lo social. Me viene aquí a la cabeza el reciente libro de Timothy Mitchell *Rule of Experts: Egypt, Techno-politics, Modernity*¹⁹.

El libro se inicia presentando lo que podría definirse, en sentido amplio, como el giro cultural, con su distanciamiento de las ciencias sociales sistemáticas²⁰. Este nuevo énfasis sobre la cultura dejó intactas, de hecho, las viejas formas de ciencia social, pues fue incapaz de cuestionar en profundidad los supuestos sobre los que éstas se asentaban. Con su insistencia en que todo lo social es cultural, dejó al mar-

versity Press, 1999 (*La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2001); «When Things Strike Back: a Possible Contribution of “Science Studies” to the Social Sciences», en *British Journal of Sociology*, 51, 1 (2001), pp. 107-123, y «Gabriel Tarde and the End of the Social», en JOYCE, P. (ed.): *The Social in Question*, op. cit., pp. 117-132.

¹⁷ SHAPIN, S.: *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1994. Véanse también POOVEY, M.: *A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1998, y *Making a Social Body: British Cultural Formation, 1830-1864*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 1995.

¹⁸ SHAPIN, S., y LAWRENCE, Ch. (eds.): *Science Incarnate: Historical Embodiments of Natural Knowledge*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1998, y WARWICK, A.: *Masters of Theory: Cambridge and the Rise of Mathematical Physics*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 2003.

¹⁹ MITCHELL, T.: *Rule of Experts: Egypt, Techno-politics, Modernity*, Berkeley y Londres, California University Press, 2002.

²⁰ *Ibid.*, pp. 2-3.

gen la cuestión de «la existencia de otras esferas, de los sobrantes o excedentes sobre los que opera el trabajo de construcción social: lo real, lo natural, lo no humano»²¹. Al insistir en la importancia central de lo cultural, tácitamente reconocía a lo material y, en particular, a lo económico como entidades separadas. Por supuesto, la «historia cultural» es muy diversa y el propio término es bastante amorfo, pero, sin embargo, creo que la historia cultural, como parte del giro cultural, muestra con frecuencia la tendencia descrita por Mitchell. Y, desde luego, comparte la tendencia a aislar a lo material y a lo económico ampliamente extendida en la historia cultural (y, hasta cierto punto, también en la historia social). Ya me he referido a la obsesión textual de la historia cultural. Una concepción puramente culturalista del giro cultural, como argumenta Mitchell, «se basa, intencionalmente o no, en el mantenimiento de una diferencia absoluta entre las representaciones y el mundo que representan, entre las construcciones sociales y la realidad que construyen»²². Por consiguiente, el mantenimiento de estas distinciones no perturba para nada la posición de los científicos sociales «duros» (como los economistas), pues éstos siempre pueden aducir que no están interesados en la historia de las representaciones, sino en la de la realidad subyacente representada en sus modelos.

El gran valor del libro de Mitchell radica en que aplica en la práctica, con todo detalle, en el campo de la historia colonial y poscolonial de Egipto, el argumento de que «la distinción entre el mundo material y sus representaciones no es algo que debamos tomar como nuestro punto de partida. Pues *es una oposición que se constituye como tal en la práctica social*»²³. En el Egipto del siglo XX, «la economía se convirtió, posiblemente, en el más importante conjunto de prácticas para la organización de la separación entre el mundo real y sus representaciones, entre las cosas y sus valores, entre las acciones y las intencio-

²¹ *Ibid.*, p. 2.

²² *Ibid.*, pp. 4-6.

²³ *Ibid.*, p. 6. Los historiadores pueden discrepar de la visión de Mitchell sobre la naturaleza y aparición de la «modernidad» y de que limite su explicación sobre el surgimiento del concepto moderno de economía al siglo XX y al contexto colonial. Pero ello no debería ser obstáculo para aceptar los argumentos e ideas del libro. Véase también CALLON, M. (ed.): *The Laws of Markets*, Oxford y Malden, MA, Blackwell, 1998, para el contexto teórico-empírico de la exposición de Mitchell sobre las condiciones que se han de dar, en el mundo humano y no humano, para que la economía pueda «establecer» su posición.

nes, entre el mundo de objetos y la esfera de las ideas». Como dice Mitchell, «el mecanismo que estableció la separación [...] precedió a la propia separación», de modo que «tomar esta separación como algo fundacional no es un sólido punto de partida, como a menudo parece». En una obra anterior (en que analiza las condiciones de establecimiento de la economía durante el siglo XX), Mitchell había explorado la formación de las prácticas modernas de representación en la política colonial desarrollada en Egipto durante el siglo XIX²⁴.

Por consiguiente, la tendencia de la historia cultural a operar con las separaciones y distinciones a que se refiere Mitchell puede parecer especialmente irónica, pues tales distinciones tienen un carácter inexorablemente histórico y social. Los poderes (políticos, gubernamentales, académicos y de otros tipos) a cuyo servicio está la separación entre cosas y representaciones implican a la historia en una cierta versión de la modernidad y se encarnan de diferentes maneras en las propias disciplinas académicas, en tanto que éstas son el producto y la vía de transmisión de esa versión de la modernidad. Por eso rastrear la historia de las cosas y las ideas, de la representación y de lo material, inevitablemente implica una autoconciencia disciplinar de su inscripción en la historia de la propia práctica disciplinar.

El que la demostración y la argumentación de Mitchell sean tanto históricas como empíricas constituye, pues, uno de los grandes méritos de su libro. En éste, la «teoría social» no es distinguida del trabajo empírico, pero éste se hace en términos de aquella (de hecho, Mitchell considera a su libro como una obra de «teoría social»). Se trata, además, de un libro forjado en la teoría social y en la práctica empírica que he venido describiendo (por ejemplo, en la teoría de redes y en los estudios de la ciencia), pero dicha teoría aparece implícita, bajo el ropaje de la demostración empírica. Lo que hace que, como ocurre con las otras obras que he venido discutiendo, resulte más atractiva para los historiadores, dada la extendida desconfianza que hay entre éstos con respecto a la «teoría». En mi opinión, esas obras demuestran no sólo la unidad entre práctica y teoría, sino también entre historia cultural e historia social (y de ambas con la historia económica y política), así como entre la historia y las ciencias sociales. Poniendo así de manifiesto que las actuales divisiones entre disciplinas y sub-

²⁴ MITCHELL, T.: *Colonising Egypt*, Berkeley y Londres, University of California Press, 1991.

disciplinas, aunque en ciertos casos puedan ser legítimas y productivas, pueden constituir, sin embargo, un obstáculo para el avance del conocimiento. Y parece ser que esas distinciones están experimentando actualmente un proceso de reafirmación. A este respecto, un conjunto amplio de estudiosos procedentes de diversas disciplinas está mostrando los beneficios prácticos que se derivan del cuestionamiento y superación de las categorías conceptuales y formas de práctica heredadas, mostrando, como hace Alder, cómo los artefactos parecen poseer una especie de fuerza innata. Una postura en la que resuena el deseo de Bruno Latour de que prestemos mayor atención a lo que él denomina como «la potestad-autonomía-autosuficiencia de las cosas». Si lo hiciéramos, podríamos conocer de «una manera más interesante».